RAIMUNDO G. MENOCAL Y G. MENOCAL

Por:

Dr. DARIO ARGUELLES

Era el día primero de agosto de 1917. La república lloraba con pena muy amarga, con el más hondo desgarramiento. La tierra nuestra había perdido, en plena madurez, a uno de sus hijos más ilustres. Los tristes y afligidos se habían quedado en llanto, pero no en rigor, sin consuelo; un confortamiento les asiste; al volver a la tierra, madre universal, deja el gran cubano, deja Raimundo G. Menocal y G. Menocal rastro profundo y duradero. Puede hacer suyo, con sobrada justicia, con sobrados derechos, el ‘‘exegi monumentum aere perennius” horaciano.

Se ha dicho alguna vez que la Historia, “Maestra de la vida”, no constituye un mero recuento cronológico de hechos pasados. Su tarea debe ser un alto ministerio de moral: rescatar a las virtudes del olvido, descubrir la talla de los proceres. Ser ejemplo, ser guía por el camino del bien y de la virtud, para los hombres venideros. Tratemos de ver con este criterio la imagen de Raimundo G. Menocal.

Cuba da en Raimundo G. Menocal uno de los hombres de más ponderación, de más equilibrio, de su historia. En estas líneas sencillas, de obligada síntesis, no queremos, no podemos insinuar una biografía del cubano paradigmático que tiene ya numerosos historiadores, numerosos comentaristas. No vamos a detenernos a valorar su escudo en que lucen, sin embargo, legítimos blasones. No vamos tampoco a relatar su vida útil como pocas desde su nacimiento, "junto al olor mareante de los cafetales”, en San Felipe, en la tierra fuerte, clara, luminosa de San Antonio de las Vegas en 1856, ni le seguiremos al recibir las primeras letras, la primera educación, ese “hacer que el niño venga en acabamiento de ser

home" de su buen padre Rafael García Menocal y Rívas, que no quiere abandonar a manos ajenas el molde a que acomoda el alma de su hijo y de su tío Aniceto García Menocal y Martín, ingeniero que supo dar una clara resonancia a un nombre esclarecido. No recordaremos sus estudios de bachillerato en el Instituto de La Habana, ni su matrimonio, raíz de una familia ilustre, con doña María Luisa Cueto y Pazos, hermana de José Antolín del Cueto, amigo entrañable de Menocal, su compañero de los días de infancia y de juventud. No le mostraremos en las altas y brillantes posiciones que ocupó en la vida nacional: concejal del primer Ayuntamiento de La Habana, Decano de la Facultad de Medicina, Secretario de Sanidad y Beneficencia —no tuvo Menocal que esperar a morir para que le llegara la gloria, el "sol de los muertos"—, ni hemos de enfocarle como cirujano- Voces más autorizadas, de más docta competencia, que conocen a fondo su historial y su huella, han dicho ya de su talento, de su elevada jerarquía, como fundador de la Escuela Quirúrgica Cubana. Cirujano de inequívoca vocación, Menocal sirvió a la Cirugía con una absoluta consagración, con un alto espíritu de sacrificio. Fue más que un gran cirujano; fue en nuestra ciencia médica, el símbolo de una época.

Pretendemos tan sólo en estas páginas inquirir, recordar, algunas facetas de su vida, decimales de su persona, poner de relieve la honda trascendencia de su obra, impulso y alma de las disciplinas dermatológicas en Cuba. Un esquema de su vida nada más, en lo humano, en el quehacer profesional, en su dedicación dermatológica. Acaso el tributo más elocuente que se puede ofrendar a hombres como Menocal es el de una sobria economía verbal.

Le recordaremos viajero a los dieciséis años. Va a la Madre Patria, la tierra de las hidalguías, de los nobles heroísmos. Quiere ser médico; está lleno de ilusiones de gloria. En Madrid, en un ambiente casi todo él biblioteca, conferencia, museo, vive sus años plásticos, los años en que se necesita tener algo concreto que emular, que respetar. La capital de España tiene, seguramente para él como tenía para Martí, para tantos otros cubanos, el hondo prestigio de capital de la raza. Allí trabaja con afán, trabaja reciamente, sufre desvelos y privaciones, siente en su alma "esa levadura de la vida que la pone a punto y la acendra", como dijera la palabra emotiva, emocionante de José Martí. Los meses tienen para él postedad de años; día a día su conocimiento crece. Hace oposiciones, con éxito feliz, con éxito brillante, a una plaza de interno en el hospital de San Carlos. Contrae amistad, valiosa amistad,

con el general Calixto García, desterrado político. La influencia del general sobre el joven estudiante es honda, duradera.

Trasladado Calixto García a Zaragoza, la de la tierra florida, no tarda Menocal en seguirle, en acompañarle. En la capital de Aragón, estudia el último año de su carrera y obtiene en 1876, con calificación de "sobresaliente", el título de Licenciado en Medicina. Dos años atrás había Martí recibido en la universidad aragonesa los títulos de Licenciado en Derecho Civil y Canónico y en Filosofía y Letras.

De regreso a Cuba, sufre otra vez sinsabores, desvelos. Vuelven de nuevo a preocuparla las materialidades económicas, pero se crece en el infortunio; acepta un destino, un cargo de médico, en el pueble de Jovellanos. Aún le falta mucho para ser luz, para ser gloria de la Cirugía cubana. Allí, en el pueblecito humilde de la provincia de Matanzas, logra reunir en poco tiempo lo suficiente para volver a La Habana, en donde no tarda en ganar, por oposición, una plaza de médico en el hospital de San Felipe y Santiago. No mucho después, recibe el título de Doctor en Medicina de la Universidad de La Habana y con él, el premio extraordinario, el más alto, el más señalado galardón universitario. Llegado a la Medicina en pleno hervor pasteuriano, su tesis de doctorado es fiel reflejo de las nuevas ideas; lleva por título: “Las teorías sobre la patogenia de las infecciones purulentas y verdadera utilidad de las llamadas prácticas antisépticas”. Es el año en que Finlay, genio y cubano, da a conocer en la Academia de Ciencias su trabajo "princeps” sobre la trasmisión del vómito negro.

Pasan unos meses. Tiene Menocal 27 años cuando lleva a término una intervención quirúrgica que causa asombro, admiración, no sólo en el ambiente médico de La Habana, en el “gran mundo” de nuestra Medicina, sino extramuros de la colectividad médica. Era una distinguida señorita de la más clara sociedad. Un extenso angioma de su mejilla izquierda, un tumor vascular, afeaba considerablemene su rostro. Varios tratamientos instituidos con anterioridad por médicos de primera línea habían fracasado. Menocal propone la operación, que es aceptada. El éxito es brillante. El joven cirujano no está aún en la mitad del breve recorrido de la vida, pero sí del largo, del difícil, del áspero camino de la gloria. "Ya muestra en esperanza el fruto cierto”. Y no se advierte en él ese “temblor previo al alzamiento del vuelo” de que hablaba Unamuno. Desde ese momento, parece manifestarse la doble vocación, quirúrgica y dermatológica, que iba a llenar su vida generosa.

Al inaugurarse el nuevo hospital "Reina Mercedes", tan unido después a la historia de la Medicina cubana, ocupa Menocal uno de sus servicios; se entrega a plenitud, con vivo ardor, al ejercicio de la Cirugía. Allí, como es de ley en el oficio, va a ganar batallas amargas, atroces, con la enfermedad, "esta vieja sirviente de la muerte". Presumimos, nos figuramos ver sus horas de entusiasmo, sus ilusiones seguidas de incertidumbres, de desánimo. Entre los recios muros del viejo hospital pueden ver hoy, seguramente, los que recibieron su enseñanza luminosa, los que vivieron con él la tarea cotidiana, la sombra de su presencia, la estela de recuerdos de una vida noble y digna.

Recordemos las líneas de su retrato. De estatura procer, fuerte, ligeramente grueso; alta y despejada la frente. Los ojos, penetrantes y justamente apacibles. Los ademanes, sosegados. Pulcro, elegante; la elegancia de su modo externo era trasunto acabado de la elegancia de su espíritu. Tiene el aire noble de un señor de gran raza. Calla cuando nada tiene que decir, cuando habla procura ceñir el vocablo exacto a la idea desnuda. "Es corto en palabras, pero en obras largo". Dechado de caballerosidad, pertenece Menocal a ese linaje fino de almas que no tienen ojos para la falta ajena. Es tolerante, conciliador. Su estilo de pensar, su estilo de hacer no concibe el odio ni el resentimiento, no concibe la destrucción sistemática, estéril de la reputación. Bien sabía él, como lo sabía Pascal, que el yo es siempre odioso. Pensaba, sin duda, con el clásico, que las alabanzas propias envilecen. Contrasta esta nota peculiar de su carácter enemigo de los aspavientos, de las oriflamas, con el tumulto, con la estridencia de los días que corren, en que no basta con hacer; es indispensable pregonar con gritos lo que se acaba de producir, aunque se produzca en obediencia a un deber, a una obligación.

No era Menocal el cubano efusivo, exuberante, inestable; su mundo interior no comunica por amplias ventanas con lo externo. De apariencia más fría, reservada, su actividad se condiciona por la reflexión. No era sabio del tipo que Oswald llamó “romántico" y Cajal “rápido" propio de la región del sur; pertenece más bien al tipo “clásico” de la clasificación de Oswald —lento, según Cajal— que es casi siempre de países del norte. Parecía prestar asenso Menocal al aforismo que dice: “todo lo que es exagerado es insignificante”. Por eso era mesurado, justo, conocía los límites. Vemos en él el trasunto vivo, tangible de “el caballero con la mano en el pecho”: un español fuerte y austero —hombre español, ha dicho José Vasconcelos, gloria de México y del confinente,

es todo el que piensa en castellano. En el frontón de nuestro estudio del maestro podríamos grabar, sin quitar punto ni coma, lo que del caballero español, del caballero de la mejor e inabatible España escribiera, en página que no perece, Hernando del Pulgar: “era hombre esencial y no hacía muestra de lo que tenía ni de lo que hacía”.

Refiere José Varela Zequeira, un gran señor de letras, un brillante cirujano, que la vida de Raimundo Menocal parecía regida por dos aforismos de sabiduría: “el verdadero mérito, como el agua corriente, se abre su propio cauce”; “la palabra que sueltas es tu dueña, la que callas es tu esclava".

En 1890 ingresa Menocal en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. Su trabajo de ingreso lleva por título “Contribución al tratamiento abreviado de las fracturas”. Ignacio Plasencia, cirujano ilustre, académico de primera fila le ofrece la bienvenida de incorporación, pronuncia estas palabras que van a dar al joven maestro el espaldarazo consagrador: “Raimundo Menocal llena ya con sus hechos como cirujano una página brillante de la historia de la Cirugía en la Isla de Cuba”. No ha cumplido aún los treinta y cuatro años. Paso a paso, consciente, con seguridad, va Menocal camino de la gloria.

Y aquella vida de caminante, que busca la perfección, que va, sin descanso hacia lo alto, se ve forzada a detenerse. Aquel espíritu férvido, preclaro, enemigo congènito de la violencia, de la iconoclastia, siente en su pecho el llamamiento de la patria. Quiza recuerde, entonces, su amistad con Calixto García, el caudillo estadista, en sus días españoles de noble aprendizaje. Con razón se nos ha dicho por un historiador inglés que los caminos de la historia y del hombre son extraños.

Con un grupo de amigos funda Menocal la primera Junta Revolucionaria de La Habana; desempeña en ella el cargo de tesorero; la preside Perfecto Lacoste. Desde ese momento, cuenta la causa cubana con uno de los más capaces, con uno de los más leales servidores; las vicisitudes de la patria le duelen a Menocal, como decía Unamuno, en los “redaños del alma”. Tiene conciencia el íntegro ciudadano —él que no fue nunca un reformador escandaloso y rudo— que la victoria ha de ser conquista de igualdad, camino de la democracia verdadera. No podía él imaginares, entonces, lo que es una democracia criada en Cuba.

Enterado el gobierno de sus actividades, recibe un buen día el gran cubano la orden terminante de salir de La Habana en un plazo de cuarenta y ocho horas. Las relaciones de amistad de un amigo de su cuñado Cueto con el general Martínez Campos hacen que el castigo no sea mayor. El día tres de julio de 1895, a los cinco meses de haberse iniciado la Revolución de Martí, toma Raimundo Menocal el camino de New York; le acompañan sus dos hijos mayores.

En la urbe americana se ofrece al Delegado del Partido Revolucionario y es nombrado comisionado de la Delegación en esta carta que no podemos pasar en silencio, que no podemos dejar de transcribir:

> "Doctor Raimundo Menocal "Apreciable doctor:
>
> "Sus limpios antecedentes de honradez y su patriotismo fervoroso y desinteresado recomendaban su nombramiento, que hago con satisfacción particular, para que con el carácter de Comisionado de esta Delegación, reciba de nuestros compatriotas los donativos que quieran hacer privada o abiertamente en pro de la causa de Cuba".
>
> "Saluda a Ud. afectuosamente su atento y S.S.
>
> El Delegado Tomás Estrada Palma.

Con sentimiento cabal de su responsabilidad sabe el nuevo comisionado que "merecer la confianza no es más que el deber de seguir mereciéndola". Con algunos compañeros —Diego Tamayo, Enrique Barnet, Julio San Martín, Esteban Borrero, entre otros— interesados como él, en la causa de Cuba, funda Menocal en New York el club profesional "Oscar Primelles" —Oscar Primelles y Cisneros había muerto en "El Congreso", en Puerto Príncipe, el 9 de diciembre del 95. Se proponen enviar socorros y material sanitario a los hombres de la revolución. Menocal trabaja, así, por la patria, desde tierras remotas. No regatea nunca a Cuba su consejo, su talento, su trabajo profesional. Su casa está abierta, en todo momento, a los que han de integrar las expediciones que vienen a los campos de Cuba.

Y esto trae a nuestro recuerdo la noble y eficaz tarea de la clase médica en la contienda del 95. Las listas del ejército, de los deportados y emigrados, de los auxiliares de las poblaciones, justifican —ha dicho alguien— el calificativo de "guerra de los médicos" que en su inicio se le diera.

Pronto sobreviene la ruptura entre España y Estados Unidos. Los hechos señalan el camino de París. ¡El camino de París! ¿Sabría Menocal que era el de la afirmación definitiva de su vocación dermatológica? El esplendor de la Escuela de Saint Louis que es como decir el meridiano dermatológico del mundo marca sin duda un sello indeleble en el infatigable espíritu indagador de nuestro primer dermatólogo. En la ciudad inmensa y varia trabaja con la misma fe, con el mismo entusiasmo de sus años universitarios. Frecuenta hospitales y museos, se instruye en Medicina, se deleita con las artes. Oye a los demás, como suelen los maestros verdaderos. Se pone al tanto de las últimas corrientes. Su labor demartológica va a denunciar bien pronto su filiación a los grandes maestros de París.

Pero las horas parsisienses del gran cubano iban a ser muy breves. No mucho después le encontramos de nuevo en San Cristóbal de La Habana; va a ocupar y a veces a dejar, posiciones de rango; no se envanece de los nombramientos, no se duele de las renuncias.

El gobierno interventor le nombra profesor de la Universidad de La Habana, profesor de Clínica Quirúrgica. Comienza así, para el ilustre cirujano, en aquella hora fundacional, en el dintel del siglo, otra etapa de servicio eficaz, de absoluta entrega. Menocal se da a plenitud, fibra por fibra, a la universidad. Lucha con tesón, sin tregua, por que esta sea vivero de hombres y de ciudadanos. Tiene plena conciencia de lo que su destino histórico le exige. En la semblanza que de Menocal traza Aballí, espíritu brillante, maestro de pediatras, se nos dice que realizó entre nosotros la obra más fecunda que puede concebirse en materia de enseñanza. Maestro que pensaba y actuaba, barajó y expuso ante la juventud universitaria las nuevas tendencias, las nuevas normas de la Medicina. Fue un tipo de transición entre un pasado hecho a determinadas concepciones y un futuro que se asentaría en otras. Le tocó actuar, servir, en un ambiente médico en agraz, en “status nascendi”. A sus esfuerzos tenaces y constantes, al amor que despertaba entre sus discípulos por la Cirugía, atribuye Aballí el estado brillante de esta ciencia en nuestro país, en los días que corren. La introducción en Cuba de la asepsia y la antisepsia, que se lleva a término con Gabriel Casuso, hombre enérgico, cirujano brillante y laborioso, inicia una nueva era en nuestra Medicina. En la predicación del nuevo evangelio de la ciencia quirúrgica moderna, salvadora de tantas vidas humanas, el maestro

de cirujanos puede ser considerado, en nuestra patria, como el San Pablo de la nueva cirugía.

Pero Menocal no es sólo un gran cirujano, no es hombre de un solo afán. De sobra sabía él, espíritu anhelante de ciencias, que las especialidades llevadas al último extremo estrechan el entendimiento. La sspecialización, no cabe duda, se hace cada día más notoria y más eficaz. No desconocemos este hecho. Pero no vayamos a olvidar que existen las ¡deas generales, que son impulso, resorte del espíritu humano; motor indispensable y principal en toda creación. No especializa el maestro en una rama del conocimiento; no se desentiende de la unidad del saber; pide informes a las más varias disciplinas. Es brillante ginecólogo y partero, oftalmólogo de vasta experiencia, dermatólogo de probada vocación, de temperamento, de extenso saber. Es antes que todo, y máximamente, un gran médico de Medicina General, un internista. Había en su hechura un clínico de raza. La vieja prodedéutica, el interrogatorio paciente y repetido del enfermo, su inspección, palpación, percusión y auscultación minuciosas son para él las bases esenciales del examen médico. Hombre de laboratorio, estaba formado en la rigurosa disciplina de la anatomía y de la anatomía patológica. La técnica histológica no tenía secretos para él; la practicaba él mismo con maestría insuperable. Debemos observar, empero, que el laboratorio no es nunca, en sus manos, un fin, un objetivo, sino un auxiliar, un dato más de la observación clínica.

Si admitimos —y esto es una verdad incuestionable— que enseñar es simplificar puede asegurarse, sin temor de errar, que Raimundo Menocal poseía, en alto grado, la virtud de enseñar. Dice lo que quiere decir con naturalidad, con sencillez, con el menor número de palabras. Maestro cabal, sus clases tienen lugar siempre junto al lecho del enfermo. No pierde nunca su tiempo, no lo hace perder a sus alumnos, en largas conferencias nutridas de citas. Por su cultura, por la disciplina de su espíritu, pertenece Menocal —ya lo hemos dicho— a la Escuela de París. Parece inspirarse en el consejo de Descartes: "la profesión no se aprende nunca por la teoría, en los libros, sino en el taller, frente a la obra, el instrumento en la mano, bajo la vigilancia activa del maestro". Dos linajes solos había entre sus discípulos: el trabajar y el no trabajar. No acepta más recomendación que el interés en el trabajo, la aplicación en las labores de la clínica. Para él, como para el clásico español, "no es un hombre más que otro, si no hace más que otro".

Sabido es lo que el maestro representaba en la cátedra universitaria, en la enseñanza; se advierte esto, en forma clara, en forma viva, en el homenaje entrañable, conmovedor, que sus discípulos le rinden al ser designado Decano de la Facultad de Medicina: le ofrecen un bisturí de oro, testimonio de honda devoción discipular, y pronuncian esta frase, aplicación feliz de las palabras de Dante a Virgilio en el canto II del *Infierno:* "Tu duda, tu signore e tu maestro", "tú eres mi guía, mi señor, mi maestro". Sale verdadero en Menocal este aforismo que procede del repertorio clásico: "la enseñanza es una amistad".

Se ha dicho, en más de una ocasión, que existen dos categorías de profesores: los que navegan por los mares de su disciplina, hasta encontrar un puerto que parece seguro y que toman como meta final de su saber, y los que viajan de por vida en aguas sosegadas o en aguas tormentosas, sin refugiarse nunca en ensenada segura, sin anclar nunca su nave, sin poner lindes a su ciencia. Del linaje de estos es Raimundo Menocal; hace de su vida un ascenso; su noble anhelo de conocimiento no se da punto de reposo; cada investigación, cada hallazgo, es una etapa que anuncia nuevos caminos, nuevas ascensiones.

En sus relaciones con el enfermo tenía Menocal un profundo sentido de la misericordia. Cumplía escrupulosamente con aquel deber que es en el pensamiento de Jean Louis Faure, un cirujano ilustre, un maestro de la lengua francesa, "el más grande de los grandes deberes del cirujano, el magnífico deber de la bondad Siempre al servicio del dolor y de la desdicha humana, atiende a sus enfermos con solicitud de padre; no olvida en su terapéutica aquella "leche de la humana ternura" de la que hablaba el clásico. "El deber antes que el interés" es la noble y elevada afirmación que resplandece en todos sus actos; nunca corrompe en provecho propio el noble arte. Parece encarnar el "vir probus" de la antigüedad, el "prud'homme" de San Luis, "el hombre honesto del Gran Siglo". La caridad, él la llevaba en su corazón como la llevaba el buen samaritano. Hombre de carácter que tiene normas de ideales y cumple esas normas inexorablemente, el carácter dominaba en él a la sensibilidad, que era, sin embargo, profunda. Se refiere a este propósito algo que tiene una importancia reveladora; el día que acompaña a su madre en su vuelta a la tierra, del cementerio se encamina al hospital; quiere cumplir sin desmayos su tarea; no ha de ser su dolor, su dolor de soledad, en aquella hora desolada, en el más triste momento de la vida,

un pretexto para olvidar a los que sufren, para no seguir a los que siguen "El Sermón de la Montaña".

Dan ganas de pensar, al pensar en Menocal, en esta hermosa verdad:

"Nada como el consuelo
De ser bueno y ser franco
Para ver, a lo lejos, más azul nuestro cielo
Y el sendero más blanco"

Menocal, hombre discreto en el sentido de Gracián, poseyó una amplia y sólida cultura. Sabía él, por repetida experiencia que el cultivo de las letras, el no permanecer ajeno a las humanidades clásicas favorece grandemente el ejercicio de la profesión médica. De ahí que su concepción de la Medicina estuviese teñida, impregnada del más puro humanismo. Humanismo, lazo infrangibie que une a los que tienen un culto por la persona, por las nociones no susceptibles de aplicaciones inmediatas. Humanismo, actitud de reacción en el mundo de hoy —como señala Pierre Mauriac—, que nuestra época repudia con acento cada día mayor, y que al desaparecer ha de arrastrar consigo el prestigio y la primacía de los valores del espíritu, de los valores eternos. Ya lo dijo hace tiempo Antonio Caso, el filósofo mejicano, el educador de superior espíritu —y le citamos para no dar acento nacional a nuestra queja—: "la civilización del presente va contra lo humano".

Fue, pues, Menocal, un gran letamendista, acaso sin saberlo; le interesaba, le atraía, "cuanto de amenidad o trascendencia planteaba —para usar términos de Ortega— el tema de su tiempo". Para él, hombre del Renacimiento por la universalidad de su cultura, parece dictado el apotegma elocuente de Terencio: "soy humano y nada humano me es indiferente". Los ratos que del día le quedaban, después del quehacer profesional, los entretenía en sus devociones clásicas, en sus devociones de humanista, en empresas superiores del espíritu, "tregua y ornamento en medio de la vida amarga y bella", que diría Rubén Darío. Nutre sus vagares, nutre sus Insomnios de letras y de artes. Es gran lector, incansable lector de los clásicos griegos y latinos, de los españoles de los siglos

áureo, de los italianos del Renacimiento, de los franceses y alemanes. Admira con fervor a Dante, el altísimo poeta; se entusiasma con los cantos de *La Divina Comedia,* la epopeya cristiana. Amante de la música, asiste ya enfermo, al memorable concierto que en La Habana diera Paderewski, el genial compositor, el insigne pianista, que había de ser, no mucho después, Presidente del Consejo de la República de Polonia. En pintura siente profunda devoción por Velázquez, genio pictórico representativo de la raza. Su madre, doña Rosario, un fino espíritu artístico, era pintora de talento, de amplia preparación. Armando Menocal, de su misma sangre, ha dejado obra pictórica vigorosa y medular.

Secuela y consecuencia de su característica mental, que no envuelve nunca la verdad en luces y ornamentos que la desvíen de su órbita es su estilo literario. Lo típico del lenguaje de Raimundo G. Menocal es que es un lenguaje esencialmente científico, de períodos breves y por breves dos veces buenos, a tenor del jesuita aragonés; de expresiones exactas, de adjetivos estrictos, oportunos. Menocal parece cultivar el arte de omitir, de eliminar, de simplificar. Baste recordar su trabajo de ingreso en la Academia de Ciencias para ilustrar este aserto: sólo siete cuartillas, delgadas y fugaces, necesita el gran cubano para exponer ante la docta corporación el resultado de sus investigaciones terapéuticas en dieciocho casos de fractura de los miembros. Su estilo nos recuerda el aforismo de Menéndez y Pidal, el maestro de la Filología, el autor de *La España del Cid,* que gusta tanto de recordar don José María Chacón y Calvo, el maestro de la crítica literaria: “en un estilo sobra todo lo que no hace falta”. Esta nota peculiar sobresale en toda su copiosa bibliografía: más de 120 títulos de artículos científicos, claros y breves artículos aparecidos en revistas cubanas y del extranjero y un insuperable *Tratado sobre las enfermedades de la piel.* Ha dicho Marañón que los grandes estilistas científicos no necesitan preparación literaria, pero sí, en cambio, tener las ideas perfectamente limpias y ordenadas en la cabeza. Así ocurría con Raimundo G. Menocal; como pensaba claro, escribía claro, limpio, preciso.

Sería interesante estudiar, si no apremiase el tiempo, las "afinidades electivas” en Raimundo G. Menocal. Recuérdese no más, en primer término, a Cabrera Saavedra, hombre de lecturas y meditaciones, médico epónimo que en este cursillo del Ateneo de La Habana da su nombre esclarecido a una época de nuestra Medicina. Siempre mantuvieron Menocal y Cabrera relaciones estrechas de afecto, de mutua estimación. Cabrera asiste a Menocal con gran dolor,

con honda pena, en sus últimos momentos, cuando la hemorragia cerebral terminaba con su vida gloriosa. Amigo muy querido del gran cirujano fue también Varona, el filósofo de los "Cursos Libres". Entre ambos existió siempre una amistad ferviente, inquebrantable, una de esas devociones hondas cuya existencia quizás importe conocer para la cabal indagación de su vida; se visitaban con frecuencia, por lo común cada semana; sus conversaciones se limitaban muchas veces, se ha dicho alguna vez, a media docena de monosílabos.

Y es precisamente Varona, Secretario de Instrucción Pública en aquel entonces, quien le encomienda el desempeño de la cátedra de nueva creación de Enfermedades de la Piel y Sífilis. Pero el relato de su paso por esta cátedra, de su influencia en la formación de las nuevas generaciones, requiere más detenido examen. Menocal es padre y raíz de la Dermatología cubana. Marcado ya, desde sus años de iniciación, por la doble impronta quirúrgica y dermatológica, el nuevo nombramiento abre a su curiosidad un vasto y fecundo campo de observación, de investigación, donde va a desarrollar, en el más alto grado, sus dotes innatas, sus sobresalientes aptitudes, para el estudio de las afecciones cutáneas. Hay que anotar, en efecto, en Menocal dos condiciones en que pocos le aventajan, que consideramos de importancia decisiva, esencial, para el feliz ejercicio de la Dermatología. Posee, ya lo hemos dicho, vastos conocimientos de Medicina General, base, fundamento de la especialidad. Descuella en él, además, un profundo espíritu de observación; vale decir, el “golpe de vista”, la intuición certera, el “ojo clínico”.

La obra dermatológica de Menocal es dilatadísima, fecunda, de vasto alcance. Sus trabajos, numerosos, demasiado numerosos para poder ser comentados, analizados como conviene en esta tribuna.

Publica Menocal un libro. El título es *Tratado de Enfermedades de la Piel y Sífilis.* Podemos verlo, describirlo, azorinianamente: lleva el libro la fecha de 1907 y está impreso en La Habana, en la imprenta "La Moderna Poesía”, calle del Obispo, número 129; es un volumen en cuarto, con buen papel, con clara tipografía, de quinientas sesenta y cinco páginas. La aparición de este libro señala nuevos rumbos, abre nuevas sendas a la Dermatología cubana. Escrito con docta competencia, con mucho rigor científico va a ser durante una década breviario dermatológico de los médicos cubanos. Es una síntesis precisa, acabada, didáctica

del saber dermatológico de principios de siglo. Su segunda edición ve la luz en 1911.

Entre los varios temas de Dermatología que suscitan la curiosidad del maestro queremos fijarnos, detenernos, en algunos. En su laboratorio del hospital “Mercedes” se llevan a término, por primera vez en nuestro medio, estudios, indagaciones de Micologia. Muestra Menocal, entre nosotros, la importancia de primer orden que reviste la investigación micològica en la práctica médica. Bajo su dirección publica Sordo y Cuervo, en 1912, el primer estudio en conjunto sobre las micosis, sobre las enfermedades producidas por hongos en nuestro país.

Con devoción, con amor de sabiduría, con autoridad, transita Menocal por los difíciles caminos de la medicina cutánea. Los angiomas, la elefantiasis y los estados elefantiásicos, el “ainhum”, el epitelioma de la piel, las tricosis, las adenopatías inguinales son, entre otros, temas de su atención, de su estudio. Se nos dice por un coetáneo, que el dermatólogo eminente dedicó sus mejores energías a estudiar profunda y seriamente —en cuanto a la clinica, en cuanto a la histopatología— las afecciones de la piel. Largas horas pasaba el maestro en el estudio, en la investigación al microscopio de la estructura de las dermatosis. En el hospital "Reina Mercedes” había creado, al ejemplo del hospital "Saint Louis”, de París, al ejemplo del museo "Feulard”, una colección de modelados de cera, ya desaparecida, que fue durante años auxiliar valioso, eficaz, en su enseñanza práctica de la asignatura.

Asombra en Menocal ese modo suyo de acercarse al acaecer dermatológico, ese interesarte con tenaz afán en los albores del siglo, en estudios auxiliares, complementarios de la Medicina cutánea: la Histopatología, la Iconografía.

En la Secretaría de Sanidad su gestión fue brillante, fecunda, de honda huella. Su personalidad, al llegar al ministerio, al poder, está ya formada, robustecida. Eran los tiempos, allá en lo remoto, en que cargos y funcionarios no habían perdido aún entre nosotros el relieve de la jerarquía. Durante su mandato hace trasladar los enfermos del viejo hospital de “San Lázaro”, enclavado entonces en parte céntrica de la capital, para el nuevo sanatorio en la finca “Dos hermanos”, en el Rincón, en el término de Santiago de las Vegas. Presta así el gran dermatólogo un servicio eficaz, memorable, a los enfermos del “Mal de Lázaro”.

Es, pues, bien notorio que el nombre de Menocal está para siempre unido al proceso formativo de nuestra Dermatología. Su figura señera supo provocar estados de conciencia, afán de comprender, ansias de investigar en la generación que le siguió. Al maestro de vasto y maduro saber, de sabias enseñanzas, de virtudes austeras deben mucho los hijos de su espíritu. Estos han sabido honrar al preclaro maestro, han dado brillo y resonancia a la Ciencia Médica cubana.

Nuestra Medicina se encuentra, pues, en deuda de reconocimiento, de gratitud, con quien fue en la alborada de nuestro saber dermatológico, mentor, orientador, guía. El justo homenaje que el Ateneo de La Habana rinde esta noche en nuestra modesta palabra a su preclara memoria honra, no cabe duda, a algo entrañable, íntimo, palpitante del espíritu mismo de la patria.

Bien sabemos que olvidamos mucho de su vida y de su obra. ¡Corre tanto el tiempo en la hora breve! Digamos no más que la noticia de su tránsito, cuando nuevos afanes colmaban su vida creadora, completa su figura. De las altas fuentes del pensamiento, de la sensibilidad, va brotando como agua viva en labios y en plumas, la letanía de sus glorias.

Ha muerto Menocal. —La cirugía cubana ha perdido uno de sus más eximios representantes— dijo uno. Y aquí y allá fueron respondiendo otras voces.

—Preclara inteligencia y brillante exponente de nuestra Cirugía.

—Ciudadano modelo por sus virtudes cívicas y privadas.

—Llevaba siempre como norma y fin de todos sus actos la aplicación del deber.

—El vacío que él deja en las filas de los grandes no habrá de llenarse nunca tan digna y gloriosamente como lo llenó el insigne cubano.

—El fue bueno, fue sabio y fue justo; la envidia temió de arrastrarse a sus plantas.

—Era el arquetipo del profesor; hombre austero, de un magnetismo que imponía respeto, poseía el privilegio de la autoridad de mando.

—El, en la aridez de nuestro ambiente, con su gran voluntad, fue creador.

—En su vestidura corporal se albergaba un alma describible únicamente con palabras como las empleadas por Navarro Ledesma, al hablar de Ángel Ganivet: "consagrada al recto pensar y al hondo sentir, cuajada de bondad pura y compacta como tabla de mármol blanco sin veta de egoísmo, ni de bajeza".

Cien lances más podrían trascribirse. La lista se alarga y da nuevos acentos al perfil luminoso de la obra menocaliana. Cobra en ella, la imagen del gran ciudadano, un halo de ejemplaridad.

Raimundo Menocal pertenece al linaje de los fundadores, de los guiadores. Predicó con el ejemplo, que es sin duda la manera más difícil, más singular de dejar luz en el camino. No fueron escritas para hombres como Menocal aquellas palabras de Dante: "Desaparece como el humo en el aire, como la espuma en el agua". Su obra es lección alta, perenne, creadora, asentada en sólidos terrenos, no en montones de arena movediza, añade nuevas torres, nuevas cúpulas a la catedral de nuestra Ciencia Médica. El gran cubano, símbolo de ciencia, símbolo de conciencia, honra no solamente a su patria natal, sino a su raza española —"Sangre de Hispania fecunda"— que es una más grande patria. Animado siempre por el espíritu de la más clara cubana, con honda devoción cubana, trabajó en el tiempo y para la eternidad. Tiene pues, sobrados derechos el insigne maestro, el gran servidor de la patria a un recuerdo perdurable, a un tributo eterno en el panteón de nuestros médicos ilustres.

Dirección B M.N CNICM INFOMED

Dr. Abraham Pérez Miró *1857-1930*